

Montserrat Roig, *La aguja dorada*.

(Traducción de El Telar de Música, del original en catalán: “L’agulla daurada”. 1987: Edicions 62)

Aquella noche, unos armenios me invitaron a la Filarmónica. La Orquesta Nacional de su república cantaba el *Requiem* de Verdi. Me pasó el ataque de nostalgia al escuchar, en sordina, el adiós patético de Verdi a Mazoni. Y digo en sordina porque yo estaba muy lejos. Me fui al 9 de agosto de 1942, el mismo día en que las tropas de Hitler pensaban entrar triunfalmente en la ciudad asediada y celebrar el gran banquete en el hotel Astoria.

El 9 de agosto, las arañas del techo resplandecían, con las lágrimas pulidas que tintineaban. Toda la Filarmónica era un estallido de luz y alegría. Tocaban por primera vez la Séptima Sinfonía que Shostakóvich había dedicado al Leningrado bloqueado.

Como Olga Berggolts, como Anna Akhmatova, que lloraba por el marido fusilado y por el hijo deportado a Siberia, el músico también olvidó su enfrentamiento con la cultura oficial cuando los nazis invadieron la URSS. La elección era clara: la tradición rusa ante las fuerzas de ocupación se volvía diáfana. Nunca se había cambiado el rumbo. Incluso había sido así el 1812: la inteligencia rusa podía admirar a Napoleón, pero no le querían en casas. Hitler había roto el pacto germano-soviético; ya no era necesario disimular. El patriotismo ruso tomaba, de nuevo, un impulso que Stalin supo aprovechar muy bien. Dmitri Shostakóvich se había presentado voluntario los primeros días de la invasión; quería ir al frente. Pero lo rechazaron, le dijeron que su trabajo estaba en la ciudad. En la “Leningradskaia Pravda” del 1 de julio de 1941, encontramos sus reflexiones: “Hasta hoy sólo conocía el trabajo en la paz, y ahora estoy dispuesto a coger las armas. Sé que el fascismo y el fin de la cultura, la civilización, son una misma cosa. Históricamente, la victoria del fascismo es absurda. Pero también sé que sólo es posible salvar a la humanidad de la muerte combatiéndolo”.

Shostakóvich empezó a componer la *Séptima sinfonía* durante los primeros días del sitio. De vez en cuando, escribía sobre la partitura dos iniciales en mayúscula: VT, que en ruso significan “alarma aérea”. Entonces dejaba las notas del *allegretto* de la primera parte y subía a los tejados para apagar las bombas incendiarias. El estallido de los proyectiles, el estrépito de las bombas, el resplandor de los incendios y el humo negro y denso que subía hacia el cielo, un cielo rojizo y desfibrado, debían inspirarle la composición contra la muerte.

Acabó la primera parte de la *Séptima Sinfonía* el miércoles 3 de noviembre de 1941, cuando el bloqueo magullaba la ciudad. El martes 16 de noviembre habló en la radio y se dirigió a todo el país: “Os hablo desde Leningrado, en las mismas puertas de nuestra ciudad hay feroces combates contra el enemigo, que lucha por entrar. Desde las plazas y las calles oímos el fragor de los cañones. Os hablo, pues, desde el frente...”. Y, a continuación, explicó como avanzaba la sinfonía.

Shostakóvich no quería irse. No lo hizo hasta que no se lo ordenaron de manera perentoria. El 4 de marzo de 1942 estrenó la sinfonía en Kuivichev. Los habitantes de Leningrado escucharon los primeros acordes. Desde la ciudad del Volga les llegaba la plasmación musical de su

sufrimiento. Un *allegretto* suave, casi gozoso, que va tomando forma épica, un *adagio* de reflexión, introspectivo, y un *allegro non troppo* que se revuelta, enérgico e impetuoso. Los entendidos dicen que no es la mejor composición del música, pero lo que es seguro es que expresa, a la vez, el ansia de sobrevivir a la vesania y la búsqueda del gozo del vivir.

El veintinueve de marzo fue interpretada en Moscú. La poeta Olga Berggolts estaba allí. Más tarde lo explicó en la radio: "Vi a Shostakóvich tan frágil, tan pequeño, con sus gruesas gafas de carey... Y pensé: este hombre es más fuerte que Hitler." Después estrenaron la sinfonía en Londres y en Nueva York. Pero Shostakóvich sólo tenía una obsesión: que se tocara en la Filarmónica, en el corazón de la ciudad bloqueada. Y así fue como la partitura conseguiría llegar a Leningrado el 2 de julio de 1942. En seguida, el director de la orquesta, Karl Eliasberg, desnutrido y agotado, empezó a ensayar. Tuvieron trabajo para encontrar a los músicos. La mayoría se habían dispersado o ya habían muerto de hambre. El comité de defensa de Leningrado mandó que los encontraran donde fuera, en las casas o en el frente. Sólo consiguieron localizar a setenta y nueve músicos. Más de treinta ya estaban en el cementerio.

Los músicos llegaban vestidos con el viejo frac, que les iba holgado, y un manojito de papel de periódico bajo la pechera. En el rostro, las huellas de la distrofia. Pero aquel domingo tocaron la sinfonía de Shostakóvich como nunca lo volverían a hacer. El día del estreno, las mujeres sacaron de los armarios los antiguos vestidos de seda, arrugados y olvidados, y se pusieron las joyas de la familia que todavía no habían cambiado por pan. Se maquillaron como señal de fiesta. Los hombres también llevaban frac, desmoronado y enorme. Los que no pudieron entrar en la sala también iban de gala. Poco a poco, una multitud se fue arropando delante de la Filarmónica para escuchar la sinfonía a través de los altavoces de la radio. Todas las emisoras de la Unión Soviética transmitieron la sinfonía que, tal como después escribiría Alexis Tolstoi, "había surgido de la conciencia del pueblo ruso."

El general Friedrich Ferch, jefe de estado mayor del XVIII ejército alemán, supo que sus soldados también escuchaban la sinfonía por la radio. Y mandó que los cañones dispararan sobre la zona exacta de la Filarmónica. Pero los artilleros del general Govorov se habían adelantado: aquel domingo, los cañones soviéticos no dejaron descansar a las baterías nazis.

Toda la ciudad que aún respiraba escuchó en silencio la sinfonía que había nacido directamente de las entrañas de su dolor. Una música que desbordaba como las aguas del Neva, tan fúnebre como las ejecuciones de la fortaleza de Pedro y Pablo, poderosa como el *Caballero de bronce*, cerrada como las calles de Dostoievski, y armoniosa como el enlace, dentro del horizonte, entre el cielo y el río de Leningrado.